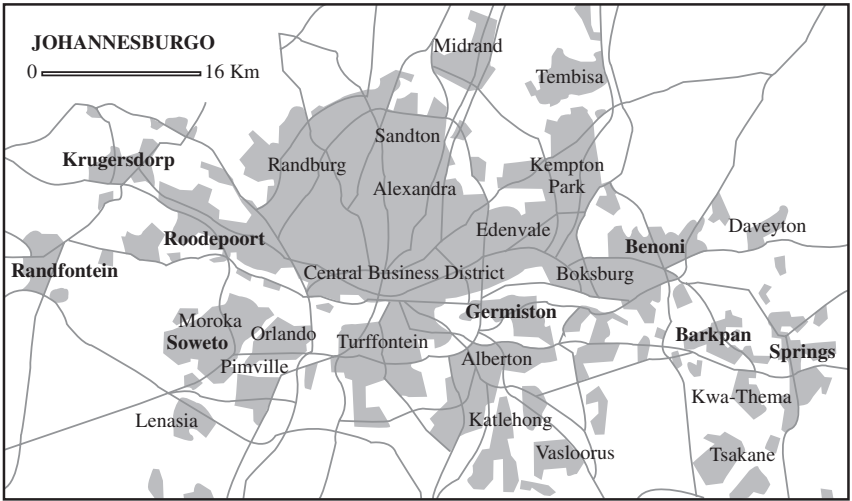


## CHISPAZOS EN SUDÁFRICA

*¿Dónde naciste y te criaste, y cuáles fueron tus orígenes familiares?*

Nací en 1960 en Durban. Mi padre y mi madre eran enfermeros. Mis dos abuelos habían sido predicadores presbiterianos de Zululandia. Mi padre apoyaba al Congreso Nacional Africano (CNA). Cuando yo era pequeño, pasó algún tiempo en Dar es Salaam. No estoy seguro de que se fuera por motivos políticos, la gente se iba por muchas razones, en busca de oportunidades o de dignidad. Volvió en atención a la familia. Pero cualquiera que hubiera estado en el extranjero, cuando regresaba a Sudáfrica, se convertía en objetivo del Departamento de Policía. Aunque él no era verdaderamente activo, cuando yo era un niño solían visitarle una vez por semana más o menos; en cierto modo murió deshecho. Definitivamente, tuvo una influencia sobre mí. Le recuerdo enseñándome algunos libros políticos, tenía uno forrado con papel de estraza, por lo que nunca supe quién era su autor ni su título. Cuando yo tenía seis años, nos trasladamos a Zululandia. Mis padres trabajaban allí en un hospital dirigido por un misionero escocés que intentaba hacer su labor siguiendo criterios progresistas. Por ejemplo, había un Jesús negro en la capilla; lo cual ya era algo en aquellos días y solíamos mostrárnoslo unos a otros. En aquella época a Buthelezi se le consideraba prácticamente un héroe, rechazó aceptar la categoría de «territorio nativo independiente» para Zululandia, recorrió el país expresándose a favor de la gente negra y se unió al CNA. Incluso mi padre se quedó perplejo cuando fundó Inkatha [Libertad] con los colores negro, verde y dorado, y me dijo: «Son los colores del CNA»; por aquel entonces, sólo lo sabían las personas más viejas.

Después de que mis padres se separaran, mi hermano y yo fuimos enviados a un internado católico cerca de Durban dirigido por dominicos. Mi madre pensó que era el mejor colegio de los alrededores, pero el régimen era verdaderamente estricto y se castigaba por todo. Además, la comida era terrible. Estuve allí durante cuatro años, fui expulsado después de la huelga estudiantil de 1976. No es que yo estuviera especialmente metido en política: yo era más un rebelde en sentido genérico, me pillaban saltándome las reglas o bebiendo. Pero después de las masacres policiales en Soweto ocurridas el 16 de junio de 1976, en mi colegio se produjo una huelga espon-



tánea. La situación era muy tensa. Algunos estudiantes venían a hablar con nosotros, tenían más experiencia y estaban a la cabeza del boicot. No me involucré a fondo, pero estas cosas afectan enseguida a todo el mundo. Nos sentíamos bajo una presión muy fuerte. Nos expulsaron a todos, nos mandaron a casa. Un mes después las autoridades del colegio seleccionaron cuidadosamente a los que querían que regresaran, pero a mi hermano y a mí nos dijeron que no volviéramos, tenían algún problema conmigo. Después de aquello, me trasladé a un colegio en un gueto de Newcastle, al otro lado del río Natal, donde mi padre había vivido. Me matriculé allí.

En 1979 empecé mis estudios en Fort Hare, en Eastern Cape. Es la universidad negra más antigua de Sudáfrica; a la que fueron Nelson Mandela y Oliver Tambo. Estudie sociología, aunque primero me matriculé para obtener la licenciatura en Gestión de Personal. Cuando llegué había el típico jaleo sobre qué estudios seguir, nos mareaban, no encontré la guía adecuada y esa carrera ofrecía un nuevo plan de estudios especial para el que querían reclutar estudiantes. Estudiábamos sociología, psicología industrial, estadística y otras asignaturas de ciencias sociales. Me impresionó mucho, en un principio no por razones políticas; estaba simplemente fascinado por las ideas y porque se abría ante mí todo un mundo nuevo. Debí de ser por aquella época cuando dejé de creer en Dios.

La sociología era un poco mejor que algunas de las demás asignaturas: había algunos profesores negros que intentaban mostrar el otro lado de las cosas; Eastern Cape era un lugar político y Fort Hare tenía fama de serlo. Leíamos los textos de la teoría de la dependencia, así como a los clásicos: Durkheim, Weber. Había una asignatura especial, Administración y Política del Desarrollo donde adquiriríamos conocimientos acerca de la Ley de Áreas de Grupo [Group Areas Act] y de la política del *apartheid*. Era un instrumento de formación de jóvenes negros para la administración del *apartheid*, pero la impartía un buen profesor, Mike Sham, que intentaba darnos una perspectiva diferente. Solía prestarme libros. Pero también era la prueba de fuego del sistema de calificaciones. Muchas de las asignaturas troncales para los estudiantes negros —estadística, antropología, contabilidad— tenían una tasa de aprobados que rondaba el 10 por 100. Algunas personas obtenían una nota baja en su primer examen y nunca se recuperaban. Pero todas las asignaturas contaban y si no obtenías aproximadamente un 50 por 100 de aprobados en total, suspendías el curso. Al llegar septiembre, todos aquellos que no alcanzaban la nota tenían que enfrentarse al rito de regresar al hogar. Normalmente, algunos de ellos eran amigos tuyos. Creo que cuando hubo brotes de disidencia las expulsiones alimentaron la solidaridad entre nosotros.

*¿Cómo era el ambiente político?*

El país no estaba todavía al rojo vivo, pero había cosas en marcha. Cuando Mozambique obtuvo su independencia en 1980, hubo manifesta-

ciones de estudiantes y boicots en las clases en apoyo del FRELIMO. Un grupo de estudiantes sacó un manifiesto, firmado con un nombre popular –algo místico, como «El hombre lobo»– y todos lo leímos. Esto ocurrió en tres o cuatro ocasiones. Entonces se hizo una reunión en el Gran Hall. Vino todo el mundo a escuchar el debate; era bastante democrático. Todavía no era realmente político, pero el ambiente estaba muy cargado no sólo por la situación del país –gente luchando por la libertad, por la liberación–, sino también por la existencia del FRELIMO que mostraba un camino, una posibilidad. Había esperanza. Pero igualmente sentíamos, al menos yo y mis amigos, que en aquella universidad también se nos oprimía. Todo el mundo compartía una sensación de desahogo y quería apoyar el boicot; hubiera sido imposible romperlo, quizá podrían haberlo intentado una o dos personas, pero era demasiado fuerte. Con lo cual, todos fuimos expulsados por lo que llamaron «disturbios políticos». En todas las universidades negras estaba pasando lo mismo. Un mes después se podía presentar de nuevo la solicitud de inscripción y las autoridades seleccionaban a quienes querían.

En aquella etapa yo estaba empezando a desarrollar una conciencia más crítica hacia el *apartheid*; había un par de tipos que solían desafiarnos a pensar más constructivamente. Pero no estábamos todo el tiempo discutiendo de política. Para nosotros era una cuestión de pasar los cursos, de aprobar, de suspender; y después, si se declaraba una huelga de estudiantes o un boicot, todos nos sumábamos a ello, había mucha solidaridad. En 1982, se produjeron más protestas y nos expulsaron de nuevo. Pero esta vez casi todos nosotros decidimos que no volveríamos, por lo mal que nos habían tratado. Sabíamos que expulsarían a nuestros líderes, a los llamados «agitadores», de modo que nos quedamos fuera, salvo unos pocos a los que todavía se les conoce como «los defensores». Alguien debería escribir un libro sobre ellos: los tipos negros que ahora definden el mundo corporativo ya nos habían traicionado antes.

### *¿Qué hiciste después de la expulsión de la universidad?*

Me mudé a Soweto. Telefoné a un centro de investigación para el que había trabajado durante las vacaciones de junio y conseguí trabajo allí. Entretanto, continué con mi licenciatura siguiendo las clases a distancia de la Universidad de Sudáfrica. La agencia resultó ser el brazo investigador de una oficina paraestatal del gobierno para la ingeniería del *apartheid* y para el desarrollo de estrategias de gestión de personal: pruebas de aptitud para los mineros, para los supervisores y cosas por el estilo. Las leyes de pases aún estaban en vigor –pedían el pase y quien no lo tenía era arrestado– y también lo estaba el toque de queda a las 20 horas. Cuando llegué aquí, no tenía ningún sitio donde estar. Hasta que encontré un lugar para vivir, ocupé por los alrededores en diferentes sitios, me hospedé incluso en el Ejército de Salvación. Primero estuve viviendo en un cuarto trastero y luego prosperé a un garaje trasero. Era más grande,

tenía como puerta una persiana metálica y todo, pero presentaba problemas de aislamiento.

*Fue la época de las rebeliones de los barrios segregados, en 1984-1986. ¿Cuál fue tu participación en el movimiento y qué efectos tuvo sobre tu propio desarrollo político?*

Soweto estaba en llamas, y eso nos afectó a todos. En ese momento yo estaba haciendo una licenciatura en la Universidad de Wits, en el centro de Johannesburgo. Trabajé allí como tutor, después como profesor asociado, hasta 1988, y fue durante esos años cuando me hice marxista. Formamos un grupo de lectura y discusión, varios de cuyos miembros todavía seguimos siendo camaradas muy próximos; esta gente me ha apoyado mucho. Aunque yo no había cumplido aún los treinta años, tenía mi propia asignatura, Clase y Nacionalismo, y daba clases sobre las juventudes del CNA, el Congreso Panafricano, el nacionalismo afrikáner y el Partido Comunista Sudafricano. Nosotros nos orientábamos hacia el CNA: respaldábamos a los trabajadores que deseaban utilizarlo como arma de lucha y siempre nos opusimos a la teoría de las dos fases. «¡Legalización del CNA!» era uno de nuestros lemas. Pero en ese momento para mí se trataba más de un vínculo intelectual que de una participación real sobre el terreno. Por ejemplo, unos jóvenes vinieron a pedirme el coche –ese tipo de cosas ocurrían–, pero mi habitación estaba tan llena de carteles sobre la lucha que los convencí de que conocía a sus jefes, lo cual salvó el coche. Y Winnie Mandela era una de mis alumnas. Cada semana, uno de los estudiantes daba una clase, y el día que le tocó a ella, Winnie llegó vestida por completo con insignias del CNA y pronunció un discurso sobre el movimiento. En la selección de textos de mi curso incluso conseguimos usar material prohibido: Marx, Mao, Ho Chi Minh, Slovo, todos ellos. Durante la oleada de detenciones masivas, cuando se declaró el estado de emergencia en 1986, detuvieron a uno de mis alumnos, Pascal Moloi. Así que le llevamos su trabajo de curso y todo su material a la cárcel. Fue una acción popular.

Aquellos fueron para mí días apasionantes. Teníamos ideas radicales sobre la política de lecturas y sobre el papel de la educación. Yo decidí que no quería hacer que los estudiantes pasaran por el sistema de exámenes; les entregaba las preguntas dos o tres días antes, en contra de la normativa. Veíamos un vídeo una vez a la semana, leíamos libros, utilizábamos la asombrosa biblioteca. Entonces, un antiguo trabajador de las minas que había entrado en el departamento para participar en el programa de Sociología del Trabajo, un político de Lesotho, empezó a enseñarles los vídeos a los trabajadores de la universidad, que llevaban veinte años limpiando las pizarras pero apenas sabían leer ni escribir. Siendo, como era, político, les daba una breve charla, antes o después; entonces los trabajadores empezaban a interrumpir para exponer su opinión. Pronto requisamos la sala de descanso para enseñarles a leer y a escribir;

todos mis alumnos participaron. Esto acabó convertido en el Proyecto de Alfabetización de los Trabajadores de Wits; creció cada vez más y empezó a atraer a trabajadores ferroviarios y a trabajadores de centros fabriles. A mí me echaron del departamento, aunque se realizó una gran campaña para que me admitieran, así que a cambio empecé a enseñar en el Proyecto de Alfabetización.

*¿Cómo evaluaste las negociaciones que siguieron a la excarcelación de Mandela en 1990 y a la legalización del CNA y del SACP? ¿En qué medida tenían las bases conocimiento de lo que estaba ocurriendo? ¿O simplemente querían confiar ciegamente en el CNA?*

Recuerdo que encendí la radio y escuché: «El CNA ha anunciado hoy que se suspende la lucha armada». No lo podíamos creer; fue como si nos hubieran cortado un brazo y una pierna. Por supuesto, nunca llegaron a hacer gran cosa, pero nosotros lo idealizamos; esa bombita en el Wimpy Bar les proporcionó mucho respaldo en el país. La gente quería confiar en ellos, como es natural, pero hubo oposición al rumbo que estaban tomando las cosas. Mandela utilizó su estatura gigantesca para contener dicha oposición. En enero de 1990 anunció —en una nota sacada clandestinamente de la cárcel de Pollsmoor— que la nacionalización seguía siendo la política del CNA; «crecimiento mediante la distribución» era la línea. En septiembre de 1993, él estaba recorriendo las capitales occidentales con el ministro de Finanzas del Partido Nacional, Derek Keys, hablando en Naciones Unidas, pidiendo inversión extranjera y garantizando la repatriación de los beneficios y medidas de protección de los capitales.

Sin quitarle méritos a esos veintisiete años de cárcel —lo que le costó, aquello por lo que se mantuvo firme— Mandela ha sido la verdadera capitulación, el mayor traidor a su pueblo. A la hora de la verdad, aprovechó su *status* para camuflar el verdadero acuerdo que el CNA estaba fraguando con la elite surafricana, bajo el disfraz edulcorante del Programa de Reconstrucción y Desarrollo. Básicamente, al CNA le concedieron el poder formal y administrativo, mientras que la riqueza del país quedaba en manos de la elite capitalista blanca, Oppenheimer y compañía. El papel de Mandela resultó decisivo para estabilizar la nueva organización; en todos los sentidos, fue una apuesta osada por parte de la burguesía.

En ese momento yo trabajaba con el Sindicato de Trabajadores del Transporte, entre 1991 y 1993, como encargado de educación política; me había afiliado al CNA en 1990. El sentimiento en el movimiento sindical era triunfante: estábamos realmente golpeando a los jefes, ahora se sentían obligados a invitarnos a que nos sentásemos, a darnos todo tipo de cosas. La realidad era exactamente la contraria: como los jefes estaban de nuevo en pie, habían pasado al ataque. Desplegaron la ideología del tripartismo —el triángulo de oro compuesto por los trabajadores, el gobier-

no y el capital— para atrapar a los sindicatos en discusiones de «codeterminación» sobre cómo maximizar los beneficios y la productividad de la empresa. La forma en que lo hacían era supremamente lisonjera para los mediadores sindicalistas. No olvidemos que Sudáfrica tenía una de las clases trabajadoras más sindicalizadas del mundo: aproximadamente el 23 por 100 de la población económicamente activa en 1994. Entre las dos federaciones sindicales independientes, FOSATU y COSATU, sumaban 3,2 millones de afiliados y 25.000 delegados sindicales. Su papel iba a ser vital en la estabilización del nuevo orden, al respaldar lo que ellos denominaban la «economía orientada a la exportación». Por supuesto, el hundimiento de la Unión Soviética había cambiado mucho las cosas: se trató de un acontecimiento mundial paralizante y desorientador que la burguesía aprovechó plenamente para sostener que no había alternativa.

Al mismo tiempo, se produjeron grandes luchas internas en el movimiento sindical, entre la FOSATU, más «obrerista» y radicada en los centros de trabajo, y la COSATU, alineada con la UDF, más «populista» y con vínculos estrechos con las comunidades. A veces se llegó a la pelea física. Se produjeron también verdaderas luchas entre las fuerzas de la conciencia negra y el CNA; estaba corriendo la sangre. Los dirigentes del CNA que estaban volviendo tuvieron que aferrarse al movimiento democrático masivo. Empezaron clausurando las demás estructuras en nombre de la unidad: «¿Por qué necesitáis vuestro propio Congreso Juvenil? Nosotros tenemos una Liga Juvenil», «¿Por qué necesitáis la Federación de Mujeres del Transvaal? Nosotros tenemos una Liga de Mujeres». También se produjo una gran desestabilización: la guerra sucia organizada por las fuerzas de seguridad provocó el derramamiento de sangre, lo cual fortalecía la opción de aquellos que llamaban a la «unidad».

En los sindicatos se produjo oposición a la línea que los dirigentes estaban adoptando. Pero, en gran medida, los altos cargos del CNA-SACP y de la COSATU compraron a los opositores o los reprimieron. Por ejemplo, yo escribí en 1993 un artículo titulado «Is Holding Hands with the Bosses the way for New South Africa?» [«Estrechar las manos de los jefes es la vía para llegar a la nueva Sudáfrica»], que criticaba la política de codeterminación seguida por la COSATU. Me expulsaron, y después me readmitieron tras una gran campaña, y finalmente me expulsaron de nuevo en 1995. Y eso sigue. John Appolis, presidente de los Trabajadores del Sector Químico, acaba de ser expulsado del sindicato por su intervención en la lucha contra la privatización. Mientras tanto, Alec Erwin, en otro tiempo gran figura sindical y defensor de la democracia de los trabajadores, es ahora ministro de Comercio e Industria, y partidario de las políticas neoliberales. Moses Mayekiso, del Sindicato del Metal, que en otro tiempo era *el* líder socialista, ha estado promocionando todas las iniciativas del Banco Mundial en la Organización Cívica Nacional (SCNAO). Ahora se ha visto mezclado en una estafa de una sociedad de inversiones.

*Las primeras elecciones celebradas en Sudáfrica de acuerdo con el principio «una persona, un voto» tuvieron lugar año y medio después de la trascendental victoria del CNA en 1994. Fuiste elegido como concejal por el distrito de Pimville en Soweto, en la lista del CNA. ¿Qué espacio había allí entonces para practicar una política progresista a escala municipal? ¿Se produjo un cambio importante con el final del apartheid?*

Al concluir el *apartheid* se produjo un cambio real. Antes, los gobiernos locales eran blancos o negros según el municipio, así que Soweto tenía un ayuntamiento negro y Sandton blanco. En 1995 se reorganizó todo eso, de forma que las áreas negras dejaron de estar aisladas: Soweto se dividió en dos, con Pimville y Orlando East unidas a Randburg, en el norte, y el resto se unió al Distrito Central de Negocios, con lo que se abrió una posibilidad real para llevar a cabo políticas redistributivas. Lo mismo sucedió en otros barrios: Alexandra, por ejemplo, se unió a Sandton. Por encima de todos los ayuntamientos de distrito está el Consejo Metropolitano de Johannesburgo, que cubre toda la ciudad. El Programa de Reconstrucción y Desarrollo tenía un componente de «desarrollo popular»: en la construcción había que utilizar fuerza de trabajo local y cada comunidad tenía que afrontar sus propios objetivos de desarrollo. Mi primer trabajo en el distrito de Pimville fue la convocatoria de asambleas públicas, con representantes del pueblo, las organizaciones comunitarias, el CNA, para elaborar un presupuesto participativo en el que los ciudadanos pudieran decidir sus propias prioridades.

Al cabo de pocos meses surgieron los problemas. Los contratistas trataban de torcer la política de empleo local contra la clase obrera utilizando trabajadores inmigrantes indocumentados eventuales. Decidimos poner en vigor un salario mínimo de 50 rand diarios, unos 7 dólares, para todos los contratados: «Pueden ustedes emplear a trabajadores eventuales si quieren, pero tendrán que pagarles el salario mínimo». Los patronos se quejaron al Consejo Metropolitano, afirmando que aquello suponía un «obstáculo al desarrollo». Se me «investigó» acerca del salario de 50 rand, iniciando una especie de caza de brujas. Sobornaron a líderes locales para relajar las reglas y poder pagar menos. Pronto quedó claro que a la burocracia no le agradaba el control de la comunidad. Los funcionarios hablaban de «la contradicción entre desarrollo y democracia» y los concejales no eran lo bastante fuertes como para replicarles. Muchos de ellos eran ingenuos y bienintencionados, pero no sabían realmente qué debían hacer. Los burócratas pretendían intimidarlos; preparaban las agendas y decidían cuántas reuniones debían realizarse. Por supuesto, eso no podría haber sucedido sin el consentimiento tácito del CNA. El estado de ánimo cambió con el congreso del CNA, se puso sordina a los debates importantes; los concejales fueron apartados de la toma de decisiones desalentando su participación en foros comunales locales. Había cuestiones que no podíamos discutir.

La crisis estalló cuando anunciaron una gran crisis financiera en Johannesburgo; «acababan de darse cuenta» de que la ciudad estaba en



números rojos. Esto fue en 1997, un año después de la crisis de la moneda nacional, cuando el CNA sustituyó el Programa de Reconstrucción y Desarrollo por un Programa de Crecimiento, Empleo y Redistribución que suponía una estrategia descarada de privatización y desregulación, con salvajes recortes del sector público, relajación de los controles del tipo de cambio y una política tributaria regresiva pivotada sobre un impuesto indirecto sobre las ventas. Se convocó a todos los concejales del CNA en Johannesburgo a una asamblea de emergencia —ahí se comprueba que era una iniciativa coordinada— para una larga presentación informatizada, seguida por tres minutos de preguntas. Había que congelar todos los «presupuestos populares del pueblo». Yo argumenté: «Pero camaradas, si hay menos dinero, mayor razón para ser democráticos». Pero no quisieron ni oírlo. El siguiente presupuesto fue elaborado por expertos, niños prodigio especializados. Una vez más, el plan fue presentado mediante un programa informático (bromeábamos sobre «las palabras que caen del cielo como lluvia»); una hora de presentación y un par de preguntas. Después de eso comenzaron a presionar sobre la gente más sistemáticamente, ofreciéndoles puestos bien pagados en los comités.

En 1999, justo después de que las segundas elecciones generales confirmaran a Mbeki en el poder, el ayuntamiento presentó su plan global de privatización para la ciudad, Igoli 2002. Habría recortes masivos, alrededor de veinte mil puestos de trabajo perdidos, y todo sería puesto en venta para proceder a su privatización: agua, electricidad, recogida de basuras, alcantarillado. *Igoli* es el nombre zulú de Johannesburgo. Yo llamaba al plan E. coli 2002 [por la bacteria *Escherichia coli*], porque la privatización del agua pronto provocó filtraciones del alcantarillado al agua corriente. En aquella época, Mbeki utilizaba la frase: «El pueblo ha hablado», insinuando implícitamente que si la gente había votado por el CNA tenían que apoyar su política neoliberal y no oponerse a ella. Escribí un artículo para el periódico con el título «El pueblo no ha hablado», en el que exponía las opiniones de los gestores municipales, los sindicatos —SAMWU, el principal sindicato de los trabajadores municipales se había pronunciado contra el plan— y las mías, que no eran sino las de mis electores. Aquel artículo era una provocación, aunque antes de escribirlo lo discutí con mis camaradas. Decidí que había que hacerlo.

Al cabo de tres días el CNA me suspendió en todos mis puestos, incluyendo el del consejo municipal. Me convocaron a una audiencia disciplinaria por crear fricciones en el partido. Trataron de llegar a un trato, diciendo: «Okey, si te retractas públicamente de tus afirmaciones, reduciremos la suspensión de dos años a nueve meses». El plazo estaba calculado para coincidir con las elecciones municipales de 2000. Me estaban ofreciendo la oportunidad de volver a presentarme. Consulté con mis electores, que me dijeron: «No, no puedes pedir perdón». Fue entonces cuando me convertí en independiente.

*¿Qué tipo de problemas afrontaban los habitantes de Soweto en esa etapa?  
¿Qué implicaba el programa de reestructuración de la ciudad?*

Las privatizaciones previstas en Igoli 2002 se basaban en la «recuperación de costes»: esto es, una vez que se estableciera la infraestructura básica –con importantes recortes–, se suponía que los ciudadanos debían cubrir cualesquiera costes que las empresas demandaran para el mantenimiento y suministro. Los problemas y el ritmo de la privatización variaban según de qué servicio se tratara. Por ejemplo, ESKOM –acrónimo en afrikaans para la Comisión de Suministro Eléctrico–, que había funcionado como motor para el complejo minero del Estado del *apartheid* absorbiendo más de la mitad del crédito de 200 millones de dólares concedido por el Banco Mundial a Sudáfrica durante las décadas de 1950 y 1960, suministraba energía barata a las industrias de propiedad blanca, mientras que la mayoría de los negros carecían de electricidad doméstica. Hasta este momento, la mayoría de los negros pobres dependen para su iluminación, cocina y calefacción de queroseno, carbón y madera; se puede oler el humo del carbón sobre los domicilios cuando se cocina la cena. La electricidad no llegó a los barrios segregados hasta la década de 1980. Se instalaron los cables y contadores en los domicilios, y para que llegara a las chozas traseras y garajes había que tender un cable desde allí.

Bajo el régimen del *apartheid* se pagaba una cantidad fija por el servicio. Pero con el CNA, cuando ESKOM se reestructuró para ser privatizada, comenzó a cobrar por kilovatio hora. En 1999, el precio de la electricidad en Soweto aumentó un 47 por 100. En Soweto, la factura media en verano se situaba en torno a 150 rand mensuales (unos 20 dólares); en invierno subía hasta 500 rand (aproximadamente 70 dólares), cuando los ingresos mensuales medios de más de la mitad de los hogares de Soweto sólo llegan a 1.500 rand (un poco más de 200 dólares). En la primavera de 2001 ESKOM comenzó a cortar el suministro a los hogares que se habían retrasado en el pago; el «registro de morosos» de la empresa espantaba al parecer a los consumidores privados y se comentaba desaprobadoramente que en los barrios segregados se había extendido una «cultura de no pagar» como legado de los boicots a los alquileres y servicios organizados durante la década de 1980. En algunos casos, el Consejo Municipal de Johannesburgo dio una nueva vuelta de tuerca cortando a la gente también el agua.

*¿Fue entonces cuando se constituyó el Comité de Crisis de la Electricidad de Soweto?*

Se había formado antes, en junio de 2000, cuando organizamos una serie de talleres sobre la crisis de la energía; comenzamos a realizar asambleas de masas en la ciudad. Conseguimos unas investigaciones realizadas por la universidad de Wits, un proyecto organizado por Patrick Bond, Maj Fiil-Flynn y otros camaradas. Su informe, «Crisis del suministro eléctrico en

Soweto» —está en la red en [www.queensv.ca/msp](http://www.queensv.ca/msp)—, mostraba lo que ya sospechábamos: que la mayoría de los residentes eran trabajadores jubilados o desempleados, con montones de abuelas como cabezas de familia; que la mayoría de ellos habían tratado de pagar sus facturas, aunque el servicio de las oficinas locales del ESKOM era tan escaso que a menudo habían tenido que hacer cola durante todo el día los días de pago. Pero los precios estaban fuera de su alcance: el 89 por 100 de ellos tenía pagos atrasados, al 61 por 100 ESKOM le había cortado el suministro de electricidad el año pasado: no podían cocinar ni guardar los alimentos en frigoríficos, y habían tenido que recurrir de nuevo al carbón y al queroseno para calentar e iluminar sus casas. El borrador del informe apareció en abril de 2001, justo cuando ESKOM se disponía a cortar la electricidad a unos 120.000 hogares al mes en todo el país. El CNA había proclamado que llevaría electricidad a millones de hogares negros, pero en 2001 la estaba perdiendo más gente de la que la obtenía. Convocamos una asamblea de masas en Soweto y la gente llegó por centenares.

*¿Cómo se organiza el Comité de Crisis de la Electricidad de Soweto sobre el terreno y en qué se han centrado sus actividades?*

Tenemos alrededor de 22 secciones en Soweto, cada una con su propio comité de organización, y calculamos que en total llegamos a ser unos 7.000 miembros. Hemos tenido un debate acerca de la utilización de carnés de afiliado. Por el momento, hemos adoptado la siguiente postura: uno puede afiliarse y tener carné por 10 rand al año o limitarse a ser un afiliado. Yo no tengo carné. Mi opinión es que puede afiliarse todo aquel que lo desee. Todos los años tenemos una asamblea general de afiliados el primero de marzo, y contamos con funcionarios elegidos directamente: presidente, secretario y tesorero. Cada martes hay una reunión del comité de representantes de las secciones, formado por unas sesenta personas, en el que se reciben informes acerca de los problemas existentes, se organiza la cuestión de los portavoces en las asambleas, etc. Hemos recibido una ayuda financiera de War on Want, y este año hemos obtenido una subvención de una fundación pública de ayuda estadounidense que vamos a utilizar para liberar a un organizador y abrir un despacho, aunque sólo sea para un año.

Una de las primeras cosas que hicimos fue lanzar la operación *Khanyisa* —*khanyisa* significa luz—, mediante la cual restablecemos el suministro de electricidad a las personas a las que éste les ha sido cortado. Para ello instruimos a personas autóctonas sobre los pormenores de esta operación. En seis meses, más de 3.000 hogares habían vuelto a ser conectados a la red nacional. Pudimos comprobar que mucha gente ya estaba conectada ilegalmente, mediante al soborno a los empleados de ESKOM. Cuando sacamos la cuestión en las reuniones de masas, supuso un alivio para todo el mundo saber que también sus vecinos estaban conectados ilegalmente, ya que se lo habían estado ocultando unos a otros. Conseguimos tornar lo que

desde el punto de vista de ESKOM era un acto criminal en un acto de desafío. Se trató de una buena táctica y de una buena política. Organizamos numerosas marchas de protesta, entre ellas una que se dirigió a las casas de los concejales municipales para cortarles la electricidad, para que probaran su propia medicina, y al despacho del alcalde en Soweto. Cuando señalaron a nuestros dirigentes para detenerlos como responsables después de que cortáramos el suministro eléctrico a un concejal, quinientos residentes de Soweto marcharon hasta la comisaría de policía de Moroka para autoinculparse y entregarse masivamente; la policía se vio sobrepasada.

En octubre de 2001 ESKOM dio su brazo a torcer: anunciaron una moratoria en los cortes de electricidad. Apuntaron una victoria en nuestro haber. En diciembre de 2001 Jeff Radebe, el ministro de Fomento del CNA y uno de los miembros prominentes del SACP, vino a Orlando Hall, en Soweto, para ofrecer una amnistía parcial de los pagos atrasados. Le dijimos que no era suficiente. Nuestras reivindicaciones eran: electricidad para todo el mundo, incluyendo los asentamientos urbanos y las aldeas rurales pobres que todavía no tienen suministro eléctrico; el suministro básico gratuito que el CNA prometió en las elecciones municipales de 2000 y una tarifa fija mensual que fuera asequible para los presupuestos familiares, una reivindicación que conseguimos arrancar al régimen del *apartheid* en la década de 1980. Es lamentable que los habitantes de Soweto tengamos que volver a luchar por esto contra nuestro propio gobierno democrático. También nos oponemos al plan de privatización que Radebe sigue intentando hacer aprobar. Recientemente ESKOM ha empezado a instalar contadores de electricidad que han de ser pagados por adelantado. Se trata de un plan piloto. Ésta es nuestra campaña actual: organizar marchas para arrancar estos contadores que hay que pagar por adelantado –o puentearlos, si la gente lo prefiere– y entregarlos en las oficinas del alcalde, en ESKOM y en los ayuntamientos. Estas acciones están fortaleciéndonos.

*¿Qué efectos tuvo la marcha a la casa del alcalde Amos Masondo?*

Masondo se presentó a las elecciones municipales de 2000 recogiendo la promesa de Mbeki de garantizar un suministro básico gratuito de agua y electricidad y, aunque votó muy poca gente en las elecciones, los que le votaron lo hicieron por esa promesa. A finales de año no se había conseguido nada. Tuve ocasión de aparecer en la televisión nacional declarando que las promesas no habían sido más que una treta electoral. La gente comenzó a llamarles mentirosos. De resultados de ello el CNA anunció que pondrían en marcha un programa el primero de julio de 2001. El 30 de junio, nos subimos todos a un *kombi* –un minibus– en dirección a la casa del alcalde en Kensington y le cortamos el suministro eléctrico, para recordarle que tenía que darnos agua y electricidad gratuitas al día siguiente. Le conocemos personalmente porque, aunque ahora vive en una zona residencial, es originario de Moletsane. De hecho, su madre

sigue viviendo allí. Nuestro movimiento cuenta con muchos jubilados, para los que esta situación resulta humillante. En el momento Masondo restó importancia a nuestra concentración ante la prensa, pero al año siguiente, 2002, cuando volvimos a su casa después de que la oficina del alcalde se negara a responder a nuestras reivindicaciones, seguía quejándose de nosotros: «¡Chicos, sois unos indisciplinados! ¡No me gusta nada que vengáis a mi casa!».

Los compañeros no estaban preparados para digerir esto. Informamos de lo sucedido a la asamblea de Soweto, en la que se aprobó una resolución en la que se llamaba a todo el mundo a acudir a su casa el fin de semana después de Pascua. Esta vez nos subimos a un autobús y, como no podía ser de otra manera, llegamos muy enfadados, incluso las abuelas y las personas mayores. La escolta de Masondo comenzó a disparar y tuvimos que escapar para evitar que nos mataran. Después de esto, se armó el gran follón. Extrañamente, se encontraba allí un camión de trabajadores municipales de la limpieza recogiendo las basuras, y éstos nos echaron una mano. Los compañeros arrojaron basura a su piscina y le cortaron el agua y la luz. Al final, hubo 87 detenidos. Nos aplicaron la ley que permite la detención sin fianza durante siete días, pero nos las arreglamos para movilizar a más gente aún cada vez que nos llevaban al tribunal. Se nos empezó a conocer como los 87 de Kensington. Hubo que esperar a marzo de 2003 hasta que fuimos finalmente absueltos.

*¿Puedes hablarnos del Foro Contra la Privatización (FCP)? ¿Fue creado al mismo tiempo que el Comité de Crisis de la Electricidad de Soweto?*

El Foro Contra la Privatización es una amplia coalición de una docena de grupos, de los que el Comité de Crisis de la Electricidad de Soweto es uno de los más activos. Sin embargo, ambos surgieron de las campañas contra Igoli 2002. En realidad, el FCP se constituyó en julio de 2000, cuando muchas organizaciones diferentes –el Comité contra Igoli 2000, el Sindicato de Empleados Municipales, los trabajadores de la enseñanza, diversas ONG, estudiantes y el SACP en primer lugar– se unieron para luchar contra una conferencia internacional sobre la privatización, «Urban Futures», que se celebraba en la Universidad de Wits. Creamos el FCP a partir de unas premisas muy sencillas: «No estamos aquí para discutir acerca de la privatización, ni para encontrar una “tercera vía” para endulzarla. Todos nosotros hemos decidido que la privatización es mala, y queremos hacer algo para combatirla». Porque en aquel momento no faltaban los grupos de expertos, los debates, las ONG, etc., encargados de hacer que las luchas contra la privatización descarrilaran. El CNA dio instrucciones a los dirigentes sindicales para que no participaran en el foro, aunque los empleados municipales continuaron durante mucho tiempo con nosotros.

Las principales campañas que ha emprendido el FCP han sido las del agua, la electricidad y los desalojos. Contamos con una oficina central en

Cosatu House, en el centro de Johannesburgo, que recibe ayuda financiera de War on Want y de agrupaciones afiliadas de las comunidades. En Vaal, en el sur, por ejemplo, existen el Bophelong Community Forum, el Working-Class Community Coordinating Committee [Comité de Coordinación de la Comunidad Obrera] y otros tres más. En el este, tenemos el Kathorus Concerned Residents [Vecinos Preocupados de Kathoru], el United Physics of South Africa [Unión de Médicos de Sudáfrica] y el Vosloorus and Daveyton Peace Committee Civic [Comité Cívico por la Paz de Vosloorus y Daveyton]. Luego está la agrupación de Johannesburgo, la Soweto y Orange Farm, el Thembelihle Committee, dos grupos afiliados en Alexandra y tres grupos nuevos en la provincia del Noroeste. El comité ejecutivo del FCP se reúne cada quince días, con un representante de cada organización afiliada, y tenemos un comité de coordinación que se reúne cada mes, con cinco representantes de cada grupo. Estamos intentando organizar comités de solidaridad regional para que la gente pueda ir en ayuda de los demás en cuanto reciban la noticia de un desalojo o de un corte de agua. En Thembelihle, un poblado informal de unas 4.000 chabolas, están haciendo frente a traslados forzosos, que a menudo se producen por la noche. En esta ocasión el ayuntamiento envió a su servicio de seguridad, a las *Red Ants* [hormigas rojas], que son llamados así por el color de sus monos. Dos o tres mil personas harán acto de presencia para evitar los desalojos, porque toda la comunidad está amenazada. El ayuntamiento dice que tienen que ser trasladados porque el área es dolomítica; sin embargo, el lugar al que se les está trasladando, a unos diez kilómetros de distancia, también es dolomítico. Nadie sabe cuáles son las verdaderas razones: podrían ser de clase o de raza: los asentamientos están cerca de una comunidad de clase media, formada en su mayor parte por familias de origen asiático, que podrían considerar una monstruosidad el panorama de las construcciones de hierros abollados.

*Emily Nengolo, un activista del Comité de Crisis del Agua de Orange Farm, fue abatido a tiros en su casa en febrero de este año, en lo que parece haber sido un asesinato político. ¿Qué grado de violencia y de acoso emplea el CNA contra los pobres en los asentamientos y contra los militantes de la campaña contra la privatización?*

Si se quiere trasladar a un grupo de personas del lugar en el que llevan viviendo quince años –y de una chabola a otra, no a una vivienda digna–, entonces hay que llamar a las *Red Ants*, usar palancas de hierro y apoyarse en los cuerpos especiales de policía. Con cortes de electricidad, la violencia puede llegar a ser inevitable. La gente expulsa a los empleados de la ESKOM que han venido a cumplir su tarea, y estos llaman a la policía; en Soweto, la ESKOM utiliza a su propia compañía de seguridad. En lo que respecta al acoso contra los militantes de las campañas, nos detienen en las manifestaciones, ya que es preciso pedir una autorización que puede ser rechazada, o aceptada con restricciones. Por ejemplo, durante los juicios a los 87 de Kensington dijeron que podíamos hacer concen-

traciones de protesta, pero sólo a una distancia de 200 metros del juzgado, donde nadie nos veía. Entonces la gente desoyó la orden y llamaron a la policía. Ésta utilizó gases lacrimógenos, balas de goma y cañones de agua. No emplean una violencia total, pero amenazan con emplearla constantemente: siempre está ahí. El asesinato de Emily fue claramente político, aunque los autores pueden pertenecer a determinados grupos de la zona, y no al corazón del CNA; los dirigentes locales tienen el gatillo fácil.

*¿En qué medida se inspiran el FCP y el Comité de Crisis de la Electricidad de Soweto en las redes de resistencia que ya existían en los barrios segregados, o estamos ante un nuevo ciclo de luchas?*

Se trata de un nuevo ciclo, pero se sirve de las tradiciones, el ardor y las experiencias de anteriores luchas. El Comité de Crisis de la Electricidad de Soweto se está convirtiendo en algo parecido a un foro cívico; la gente se acerca a nosotros con sus problemas porque en la actualidad somos la oposición oficial en Soweto. El CNA nos da alas cuando nos ataca como si fuésemos sus enemigos en sus discursos. Cuando convocan mítines –y siempre los convocan los concejales, nunca el partido– vamos a ellos y nos concentramos para protestar; pero ellos nunca se atreverían a venir a los nuestros.

*¿Cómo ha cambiado la propia ciudad desde la época del apartheid?*

Las diferencias más asombrosas se ponen de manifiesto con el crecimiento vertiginoso de los asentamientos informales, con la transformación del Distrito Central de Negocios y con las nuevas «ciudades-frontera» de las afueras, en los que las grandes compañías han relocalizado sus empresas. En Soweto, los cambios han sido más graduales: nuevas urbanizaciones de planes de apoyo a la vivienda, construcciones de relleno, mayor hacinamiento de chabolas escondidas que brotan detrás de las viejas casas de cuatro habitaciones del ayuntamiento, que ahora han pasado a manos privadas; aunque el Consejo Metropolitano está intentado reducir el número de chabolas a dos por yarda. Durante el *apartheid* siempre estábamos bajo la férula del administrador del barrio segregado, que era inevitablemente un afrikáner. Se te asignaba una casa; tenías que registrar a cada niño cuando nacía para que pudiera vivir allí. A los dieciséis años, el administrador del barrio segregado podía decirle a tu hijo que tenía que irse a un albergue. La idea era la del control total. Las visitas necesitaban un permiso. La policía metropolitana comprobaba la lista de permisos y podías perder la casa si el nombre del visitante no aparecía. Tomaron fuertes medidas contra el hacinamiento –el «control de la afluencia», como lo llamaban– devolviendo a la gente a sus *homelands*. Si el marido moría, la viuda podía ser expulsada. Era imposible levantar una chabola en un rincón sin que el administrador del barrio segregado se enterara, aunque

podía obtenerse un permiso para vivir en cuartos interiores y en garajes, donde de hecho lo hacía mucha gente. Una vez que la represión se hizo más leve, la gente comenzó a construir donde podía, dado que aumentaba el número de familias, llegaba más gente o se desparramaban. Los asentamientos de chabolas crecieron alrededor de Soweto. Los residentes de Soweto tenían la preferencia para encontrar vivienda o se comportaban como caseros de toda un área de nueva edificación.

Los cambios en el Distrito Central de Negocios han sido mucho más espectaculares. Ésta era una zona habitada sólo por blancos durante el *apartheid*, una zona muy hostil y en la que había un acoso muy intenso hacia los negros. A finales de la década de 1980 y principios de la de 1990 se produjo un desplazamiento de las sedes de las empresas hacia Sandton, en la zona residencial del norte. Simbólicamente, la Bolsa de Johannesburgo se trasladó allí, aunque los bancos han tendido a permanecer en el centro. Los blancos que vivían en los bloques de apartamentos de varios pisos se mudaron en tropel. Los caseros hicieron el agosto alquilando apartamentos y locales de oficina vacíos a los nuevos residentes procedentes de Etiopía, Nigeria, Mozambique, Somalia y Zimbabue. Eran capaces de meter a diez personas en un apartamento de soltero por 200 rand al mes cada uno, sin que éstos contaran con los servicios mínimos exigidos. Algunos de los edificios habían sido ocupados por comités de inquilinos. Algunos de éstos han funcionado bien; otros, allí donde el comité desempeña el papel del casero, han sido un desastre.

*Hay quienes se alegran del surgimiento de una «ciudad informal» en el centro de Johannesburgo –Saskia Sassen, por ejemplo– alabándola como un «nuevo espacio». Parece haber un paralelismo entre estas afirmaciones y aquellas que hace tiempo decían que la «atribución de poder [empowerment] económico a la población negra» surgiría de la economía informal.*

No cabe duda de que las empresas formales han decaído un tanto en el centro de la ciudad, donde se pueden encontrar tiendas vacías y bloques de oficinas tapiados. Se dan casos en los que un muchacho negro compra una tienda y empieza a vender *pap*, la comida local, pero no ha habido un *boom* de las empresas regentadas por negros: los precios siguen siendo altos, y de resultas de la Ley de Áreas de Grupo la mayoría de las tiendas y los almacenes están en manos de la población de origen asiático. Ahora hay un montón de comerciantes y de vendedores ambulantes en las calles, mujeres que cortan el pelo a otras mujeres por dinero y servicios de ese tipo. Hay enormes filas de taxis para la clase trabajadora porque el transporte público es nefasto. Sin embargo, la tendencia económica general es muy clara: los ricos se han hecho más ricos y los pobres más pobres. Con el CNA, Sudáfrica supera en la actualidad a Brasil como el país con mayores desigualdades del mundo. Si nos fiamos de *Statistics South Africa*, la familia media africana es hoy un 19 por 100 más



pobre que hace cinco años, mientras que la familia media blanca es un 15 por 100 más rica. El paro asciende en la actualidad al 43 por 100 de la mano de obra, mientras que el paro juvenil llega al 80 por 100 en algunas áreas rurales. Hemos perdido más de un millón de empleos. Los precios de los alimentos básicos se han puesto por las nubes. Por otra parte, con el recorte del gasto público y la crisis del Sida, la situación de la sanidad pública es estremecedora.

En lo que atañe a la «ciudad informal», es posible que se presente más colorida, pero las relaciones de poder no han desaparecido. Los bancos y las compañías de seguros no se han desprendido de sus propiedades inmobiliarias en la zona, y se han construido enormes complejos fortificados dotados de un fácil acceso a las principales autopistas que conducen a las áreas residenciales. Ahora el ayuntamiento ha decidido que quiere limpiar de nuevo el Distrito Central de Negocios. Se han propuesto el objetivo de dejar vacíos más de ochenta edificios mediante desalojos forzosos. Están intentando limitar el comercio callejero a determinadas calles y están construyendo enormes rampas de estacionamiento de taxis de varios pisos que parecen cárceles gigantes para los *kombis*. Una vez más, se trata de controlar. Los vendedores ambulantes tendrán un espacio dentro de estos bloques para poder ser vigilados. El Consejo Metropolitano ha creado una nueva policía metropolitana, que se ha convertido en el cuerpo más odiado desde el periodo más duro de la época del *apartheid*. Cuenta con consejeros de la policía de Nueva York para instruirles en la teoría policial de los *cristales rotos*: tolerancia cero. La ciudad está volviendo a convertirse en un lugar hostil. Es normal que la policía te pare, sobre todo si tienes la piel demasiado oscura, y te pida la documentación, como sucedía antes. Hay mucha hostilidad hacia los inmigrantes sin papeles. A veces se sirven de las *Red Ants* para acordonar toda una zona, de tal suerte que, si te sorprenden dentro de la misma sin tu carné de identidad, te pueden enviar a un centro de detención en Lindelani, a 50 kilómetros de Johannesburgo, e instruirte un proceso de expulsión. Fletan trenes que parten de aquí hacia Mozambique y otros lugares. El centro está dirigido por dirigentes de peso de la Liga de Mujeres, perteneciente al CNA, y funciona como una cárcel privada. El gobierno corre con los gastos de cada persona procesada.

*¿Cómo compararías el papel desempeñado por Mandela con el desempeñado por Mbeki?*

Mandela hizo lo que muchos estadistas africanos intentan hacer: desempeñar el papel de César. Se ha liberado de la política formal de modo que puede actuar como un padrino. Puede estar dentro y fuera, reprimir al gobierno, cubrir la testarudez de Mbeki respecto al Sida, criticar públicamente a George Bush, que es por supuesto lo que Mbeki debería estar haciendo. Regularmente, Mandela aparece de modo inesperado en la televisión inaugurando una clínica o una escuela en una zona rural, patrocinada por el capital. Demuestra la gran relación existente entre el sector

privado, el gobierno y el pueblo. Le gusta comportarse como Papá Noel, esto es, estar por encima de la política. Pero en el momento en que surge una crisis, Mandela está ahí para lubricarla, suavizarla y conciliarla.

Sus estilos son muy diferentes. Mandela dirigía los encuentros del CNA como un jefe: dejaba discutir a todo el mundo y después imponía su criterio. Es célebre por telefonar a sus camaradas a las tres de la mañana para decirles «mi muchacho» en *xbosa*, que quiere decir «tú estás sin circuncidar» y es un insulto; sobrevive no obstante por su carisma. Mbeki es mucho más duro. Se formó en el Instituto Lenin e invirtió un largo periodo de tiempo como hombre para todo al servicio de Oliver Tambo en los círculos diplomáticos occidentales. Piensa que es un intelectual, pero se limita a hablar de forma enrevesada. Internacionalmente es considerado como un sobrio estadista africano, amado por el Banco Mundial, porque va a ayudar a tirar de las orejas al continente. Dentro del país es ampliamente despreciado. Nuestra marcha durante la Cumbre Mundial por el Desarrollo Sostenible realizada el 31 de agosto del pasado año fue una humillación para él, ya que expuso su debilidad en su propia casa; nosotros convocamos a 20.000 personas, mientras que él pudo reunir tan sólo a 3.000, aun disponiendo del COSATU, de la SACP y del Consejo Sudafricano de Iglesias, que estaban de su lado. Ha metido la pata en varias ocasiones: Zimbabue, Sida, una operación corrupta de tráfico de armas de 5 millones de dólares, exhibir su inseguridad y su paranoia al atacar a Cyril Ramaphosa y Tokio Sexwale. Sus partidarios se están empezando a preocupar. Mandela podría tener que intervenir y prescindir de él. Porque la cuestión crucial es que sus políticas son exactamente las mismas: comparten un proyecto común, una idéntica orientación.

*A pesar del nuevo malestar reinante contra las políticas neoliberales del CNA, éste todavía puede sostenerse gracias a la legitimidad popular cosechada en los días del antiapartheid. ¿Cuáles son las perspectivas de construir una alternativa de izquierdas independiente y qué elementos podría contener ésta en su seno? ¿Existen signos de fracturas en la alianza CNA-SACP-COSATU?*

Necesitamos una fuerza de esas características, pero todavía falta mucho para que se materialice. Cuando Mbeki ataca a los líderes de COSATU y al SACP tachándolos de extrema izquierda –como hizo cuando se sintió amenazado por la envergadura de las movilizaciones contra las privatizaciones que se produjeron con motivo de la Cumbre Mundial por el Desarrollo Sostenible– fundamentalmente les está llamando al orden. Y esto funciona. El SACP inmediatamente declaró: «Éste es nuestro gobierno, nuestro CNA. Nosotros lo defenderemos». El presidente de COSATU, Willie Madisha, anunció: «No debemos permitir que nuestros desacuerdos ensombrezcan la multitud de áreas en las que estamos de acuerdo». Mbeki necesita al COSATU y al SACP para contener a la clase obrera y conseguir sus votos. De ningún modo quiere romper la alianza; únicamente

desea que ambas organizaciones no vayan más allá de determinado punto. Se ha producido cierta discusión sobre la posibilidad de que el SACP presente candidatas independientes, aunque no en las elecciones de 2004; pero ¿qué política podrían proponer que fuera distinta de la del CNA?

Los trabajadores, sin embargo, están perdiendo sus puestos de trabajo y los dirigentes del COSATU sienten la presión para que den una respuesta. Ésta es la razón por la que convocan anualmente su huelga general, que nosotros llamamos ahora la «reunión general anual», dada la regularidad puntual que presenta este evento. Los líderes del COSATU tranquilizan siempre a Mbeki reafirmando que no están atacando al CNA, pero la huelga de este año, aunque menor, se opuso de modo militante a la política de privatización del gobierno. Los trabajadores quemaron fotografías de Mbhazima Shilwa —ex secretario general de COSATU, y ahora presidente de la provincia de Gauteng, el corazón industrial del país— y le abuchearon cuando intentó intervenir, pese a que los dirigentes de la organización cantaban en el estrado «Viva el CNA, viva Shilowa». Los dirigentes han capturado los cuerpos de los trabajadores, pero sus almas vagan por ahí. Un día conectarán con otros cuerpos.

En el movimiento antiglobalización, hay quienes opinan que la clase obrera está acabada, que los movimientos sociales o incluso la «sociedad civil» son ahora la fuerza motriz del cambio. Pero si somos honestos, tenemos que reconocer que algunos de estos movimientos no consisten más que en una oficina y una enorme subvención que proviene de una parte o de otra. Pueden organizar un taller, pagar a la gente para que asista al mismo, ofrecerles una buena comida y después escribir un sólido informe. No construyen nada sobre un fundamento sólido. La «sociedad civil» puede ser un concepto incluso más problemático, extendiéndose al sector empresarial y a las ONG que ofrecen contratos para prestar servicios que eran públicos antes de ser privatizados. Por supuesto, la clase obrera se enfrenta a grandes obstáculos, tanto políticos como organizativos, dado el giro neoliberal del CNA y de otros partidos de masas, y la precariedad y la desindustrialización de la fuerza de trabajo. Sigue siendo, no obstante, un componente clave de cualquier alternativa de izquierdas. El elevado nivel de desempleo es un problema real aquí. Hace a los trabajadores más cautos. Tenemos que organizar tanto a los empleados como a los desempleados para superar las tácticas de divide y vencerás utilizadas por el capital.

### *¿Cuál es tu valoración del Foro Social Mundial?*

En primer lugar, hay que decir que en la izquierda hubo muchos que se mostraron escépticos ante el movimiento antiglobalización. Naturalmente fue atacado por el CNA y gente como Trevor Manuel, el ministro de Finanzas, lo despreció diciendo que era cosa de críos ricos que quieren

pasárselo bien: «¿Qué saben ellos de la lucha clandestina? Durarían un día en Robben Island». Pero aunque el FSM tiene sus fuerzas y sus debilidades, es importante para nosotros vincularnos a él: es el movimiento del milenio. Personalmente, la discusión sobre los diferentes métodos de lucha mantenida en Porto Alegre me pareció muy útil. Constituyó una inspiración encontrar a gente de la Coordinadora de Bolivia como Óscar Olivera y otros compañeros, conocer lo que se estaba haciendo allí para luchar contra la privatización. Ese tipo de solidaridad puede ser tremendamente poderoso para que nos mantengamos en marcha cuando atravesamos periodos bajos en nuestras luchas.

*¿Cómo definirías las principales prioridades del movimiento?*

Desde la perspectiva de las cuestiones generales, creo que el problema del poder político sigue siendo crucial. Hay quien ataca la idea de apuntar al poder del Estado convirtiendo la idea de que la globalización erosiona el papel del Estado-nación en una excusa para no luchar contra su burguesía nacional. Pero nosotros en Sudáfrica no podemos dejar de enfrentarnos al CNA y a Mbeki. Los activistas estadounidenses no pueden eludir el enfrentamiento con Bush. Los líderes del COSATU y del SACP están encantados de combatir al imperialismo en cualquier punto del planeta, excepto aquí en su propia casa. El movimiento ha sido fantástico al manifestarse contra las reuniones de las cumbres mundiales en Seattle, Génova e incluso en Doha, pero existen evidentes problemas en seguir a las elites globales por todo el mundo: no es algo que la gente se pueda permitir. ¿Qué hacemos si convocan la siguiente conferencia en la Luna? Tan sólo los activistas millonarios podrían ir allí.

La cuestión es que tenemos que construir allí donde nos encontramos. Hemos tenido talleres sobre el Banco Mundial, el FMI, la OMC y tenemos gente muy inteligente trabajando sobre estos problemas. Hemos creado estructuras para organizar la campaña contra el neoliberalismo en Sudáfrica. Pero, en último término, tenemos que abordar las cuestiones más básicas: ¿cuáles son los problemas a los que se enfrenta la gente en la calle y más pueden unirnos? En Soweto es la electricidad. En otro sitio es el agua. Hemos aprendido que tenemos realmente que organizarnos: hablar con la gente, puerta a puerta; conectar con las masas. Pero tenemos que construir a partir de una determinada concepción. Desde el primer día sostuvimos que los cortes de suministro eléctrico son el resultado de la privatización. La privatización es el resultado del GEAR, el cual a su vez refleja las exigencias del capital global ante las cuales se inclina el CNA para hacerlas realidad. No podemos ganar finalmente esta lucha inmediata a no ser que ganemos esa otra que es mucho mayor. A fin de cuentas, conectar con lo que afecta a la gente cada día, de forma directa, es el modo de hacer que la historia avance.